

EL TESTAMENTO POETICO DE ALFREDO DE VIGNY

Esta época de guerras frías, bombas atómicas y vuelos interplanetarios, es también la del reinado indiscutido del hombre-masa. Hasta el arte busca hoy definirse por la impersonalidad, aspirando a ser objetivo, preciso, muestra fría del ver o el sentir multitudinario, nunca de las rebeliones que agitan el alma del creador. En lo literario, la novela se torna informe, y la poesía está estructurada con imágenes de laboratorio, de compleja sabiduría. Las horas del individualismo romántico, de las exuberantes afirmaciones del "yo", —que el autor de "La muerte del lobo" refrenó, vertiendo sus lágrimas en el océano de las lágrimas humanas—, parecen definitivamente superadas, acaso como consecuencia de las nuevas corrientes político-sociales. Sin embargo, de tanto en tanto, con explicable corteidad, asoma el corazón agitado, febril, en alguna creación plástica, musical o literaria; cuando tal se opera creemos que renacen los días melódicos del poeta gentilhomme, del filósofo severo y aristocrático, que buscó en la lucha y el dolor, la grandeza humana y que vivió sosteniendo un rudo duelo entre "la vida interior que fecunda y atrae, y la exterior que agota y rechaza".

Comprendió algunos de los problemas trascendentes de su época y los fue planteando en su compleja vastedad, a lo largo de una producción que supo ser grande sin ser extensa; creyó en la omnipotencia del espíritu y contó con él para la lucha desigual contra el destino que nos hace nacer; contra la angus-

tía y el dolor, celosas amigas del existir; contra la Naturaleza, madre indiferente, cuando no madrastra hostil de las criaturas. A cantar el poderío del Espíritu están destinados, en particular, los dos últimos poemas que encierran, al par que su testamento moral, una predicción sobre la perennidad de su verso. A cien años de ambos, el señor de la torre de marfil, —expresión que Sainte Beuve creó precisamente para él— sigue hablando a la posteridad con palabras de fe veladas por un estoicismo activo y tierno, nacido de una pesadumbre ingénita, que el mal del siglo agudizó, y de una existencia perseguida, sin tregua, por el infortunio. Si bien el destino se encarga de escamotearle sus aspiraciones más legítimas, no se deja quebrar como esclavo uncido al yugo, sino que lo enfrenta, elegante, austero, con ese dominio de sí que es la forma púdica y orgullosa del valor, hallando en el silencio un refugio a sus pesares.

II. SU VIDA Y SU DESTINO

“Mon âme et ma destinée seront toujours en contradiction. Ma Destinée, femme inflexible, dont je sens peser sur moi avec les pieds lourds et puissants”. (*Journal d' un poète*)

En su heredad de Maine Giraud, en Blanzac, rodeada de bosques y prados, entre las ancianas piedras pulidas por las centurias, testigos del honor y el heroísmo de sus mayores, transcurren los días de Vigny desde 1837, velando a su madre paralítica y a su esposa, la joven inglesa Lydia Bumburry, impotente, deforme casi, presa de accesos nerviosos y torturantes pavores. En lo alto del castillo, en la torre, lleva vida de monje en su celda. El 15 de abril de 1852 escribe a su íntimo, Felipe Busoni: “Hago cultivar, roturar, construir, arbolear, pintar y restaurar esta antigua posesión que Lydia ama. Luego me encierro y poniéndome el capuchón de benedictino, me siento a escribir”. De estas horas en que paseaba so-

bre las cosas una mirada triste, de una profundidad y una extensión extraordinarias, datan una breve colección de poemas póstumos: "Les destinées" el mejor cimiento para su gloria, y la segunda parte del "Journal", retazos de un alma, pensamientos y notas íntimas, una de las cuales dará la clave de su existencia: "Mi vida y mi destino, mudo, triste, comparable a una mujer inflexible, han estado siempre en contradicción".

La paradoja se perfila desde su nacimiento, acaecido en la ciudad medieval de Loches, en 1797, retoño final y único sobreviviente de cuantos descendientes tuvieran León Pedro de Vigny, capitán en la guerra de los Siete años y su esposa, Amelia de Baraudin, dos décadas más joven. El niño entra en la vida rodeado de los despojos de una nobleza casi extinguida bajo la estrella igualitaria de los tiempos nuevos que vienen de la Revolución; "sintiéndome hijo de reyes me tocó hacer la oración fúnebre de la nobleza", habría de aseverar más tarde. Alfredo Victor, caballero de Beauce y conde de Vigny, conjugaba dos sangres nobles, venida la una del norte con la pujanza de los antiguos galos y la otra del mediodía, con las pasiones y los ardores romanos; al mezclarse en sus venas lo hicieron para morir, como si por ambas ramas hereditarias, el impulso creador de la naturaleza se hubiese detenido en ese ejemplar de tan acusada individualidad. En los años infantiles continúa cumpliéndose el extraño sino: con un cuerpo y un alma que tenían la delicadeza de los de una niña, dueño de una sensibilidad tan sutil que cosas apenas capaces de rozar a los otros a él lo hacían sangrar, descubre, en la pensión de Hix primero y en el Colegio Bonaparte luego, frente a camaradas y profesores, cómo el hombre es lobo del hombre.

Conformado para la vida contemplativa, este amante de la inteligencia —sin duda impresionado por el fausto de la epopeya del Imperio—, ingresa como oficial de los mosqueteros rojos, escogiendo una carrera (de la que conoció más servidumbres que grandezas en las apartadas guarniciones de los Pirineos y los Vosgos), que exige la "renuncia total de la libertad de pensamiento y de acción".

Tampoco le sonríe la fortuna; “de las dos clase de hombres en que se divide el mundo, los que tienen y los que ganan, he nacido en la primera y me ha tocado vivir en la segunda; el sentimiento de ese destino que no debía ser el mío, ha hecho que interiormente me revelara siempre”.

  Tan desconsoladora trayectoria, conocer , al menos, una excepción en el amor?  Oh, no! Luego del platónico por Sofía Frey, la futura Mme Girardin, a cuya unión se opuso la madre del poeta, desposa a Lydia Bumburry, que sin salud desde el viaje nupcial, lo tortura con sus persistentes problemas físicos y mentales. No es más dichoso con María Dorval, la comediente interesada, desleal, a la que creyó su “ ngel consolador”. Sof ando adorar místicamente: “Oh, mi musa, mi musa; no eres un cuerpo, eres sólo un alma”, se vi  conducido por la actriz a los más rudos vericuetos de la pasión material.

El desconcertante contraste que preside su vida se advierte asimismo en su posición política. Propuesto en dos ocasiones diputado por el distrito de la Charente, monárquico por convicción y por origen, al descubrir las bondades de un sistema de gobierno en el que cada uno es para todos y todos para cada uno, lo abraza entusiasta. Pero como de habitual se crea un divorcio entre sus sueños y las realidades, al comprender que resulta imposible lograr esa República a la cual aspira, serena, generosa, regida por las ideas, y que en cambio por ese camino se puede desembocar en la demagogia que halaga los apetitos más inferiores de la muchedumbre, renuncia a esta nueva fe.

Consagrado en Maine Giraud a velar por pacientes sin remedio, es él mismo, uno más afectado desde los años mozos de tuberculosis pulmonar, padeciendo hacia la cuarentena implacables dolores de cabeza y muriendo el 17 de setiembre de 1863, víctima de un cáncer, “ese milano” que le ro a las entrañas.

Sin embargo, la vida que se le escapa, no basta para quitarle su confianza en los grandes principios rectores: llegar  un día en que la Inteligencia reine soberana y en que la Humanidad avance “bajo las móviles banderas de las Ideas”.

Habr  sonado, entonces, la hora del incontestable triunfo del Espíritu, cuyo reino aguarda fervoroso, cant ndolo aún en el postrer poema, escrito a escasos meses de su extinción; será el paliativo que suavizar  la fatalidad casi raciniana que domina su existencia: durante un cuarto de siglo, apoyado en él cumplir  su deber sin flaquear, "viviendo sin convulsiones de cólera ni reproches al cielo".

En Maine Giraud, lee, escribe, de preferencia trabaja de noche, " en esas horas negras, que le devuelven la adorada calma" y durante las cuales "se siente árbitro libre y orgulloso de sus actos".

De tanto en tanto, quiebra su voluntario ostracismo, para alentar a jóvenes soñadores, desorientados en medio de la bara nda de pasiones y apetitos mundanos. Nace así "La botella al mar", concepción poética simbólica, de originalidad y belleza insuperables, que encierra la respuesta a una carta enviada, ya por Armando B., practicante en el Hospicio de Tour, ya por Carlos Farcinet, estudiante de medicina en París.

III. "LA BOTELLA AL MAR"

Poema con una trama simple, escrita en versos vigorosos y densos, encierra el símbolo de cuanto Vigny era y de cuanto soñaba ser. Aparecida en la "Revue de deux Mondes", el 1  de julio de 1854, la idea sustancial no es sin embargo nueva en el espíritu del autor, que ya en 1842 reflexionaba: Un libro es como botella arrojada al mar, sobre la cual es menester colocar esta etiqueta: atr pela quien pueda", voto escéptico al que sucederá doce años después, la profesión de fe de esta composición. Al decidirse a darle forma, multiplicó sus lecturas sobre el asunto, informándose en "El diario de bitácora" del Barón de Bougainville (1824, 1825 y 1826); en "La vuelta al mundo de la fragata Boudeuse" por Luis de Bougainville, padre del anterior y en los trabajos de Bernardino de Saint-Pierre sobre la "Naturaleza", en cuyo capítulo cuarto se registra:

“Cristóbal Colon, volviendo de su primer viaje, encerró la historia del descubrimiento en un tonel que entregó a las aguas, seguro de que tarde o temprano llegaría a puerto”.

Las palabras iniciales son para un adolescente soñador, que desespera de la suerte de los poetas. Vigny, que no ha podido olvidar “tres jóvenes sombras; las de Chenier, Chatterton y Gilbert afirmando que el poeta, el pensador, tiene siempre una maldición sobre sus vidas”, lo insta a tener coraje:

¡Valor oh adolescente, de quien llegan
a mi retiro quejumbrosos versos;
poeta en flor a quien aterra el sino
que Malfilâtre y Charterton sufrieron!

Para ayudarlo, le narra entonces la historia de un grave marino, enamorado de la ciencia y de lo ignoto, deseoso de trabajar por el progreso común, que lanza su brick a las aguas australes, en busca de conocimientos nuevos sobre las constelaciones, el mar, las costas desoladas e hirsutas. Ha levantado cuidadosamente su carta náutica, con “el mapa del escollo y la vorágine / en cuyo abismo dormirán sus huesos”, cuando lo sorprende la tempestad. Durante horas lucharán contra ellas en vano intento; el barco naufragará... ¿Quién podrá aprovechar el invalorable hallazgo? ¿Cómo hacerlo conocer?... Por un instante, uno solo, al advertir su brick desmantelado y su tripulación diezmada (de 300 sólo restan 10), desmaya, duda: ¿vale algo el sacrificio de sus vidas? ¡qué importa! Cumplirá una vez más con su deber “haciendo conocer a los viajeros de mañana, el Diario, providencial, sublime testamento”.

Escribe: la corriente nos arrastra,
Y asoma ya a estribor, Tierra del Fuego.
Nuestra muerte es segura; aquí es preciso
singlar al sur, para abordar sin riesgo.
Adjunto va mi Diario que resume
Las notas del comando, con diversos
Estudios de altas latitudes.
Si es voluntad de Dios que llegue a puerto.

Luego escoge una botella, la más fuerte. La contempla un instante: le evoca el suelo natal, la dulce Francia, los blasones de la Champaña, la espuma de Reims. Coloca en su interior los caros pliegos y la arroja a las aguas. Durante días riolará, juguete de las olas bravías, punto invisible en el líquido desierto, hasta que uno, por fin, ganará la costa, apresada en la red de un pescador. El sol no brillará más para los bravos tripulantes del navío, pero gracias a la Botella, heroína del poema tanto como el Capitán, el hallazgo científico no se perderá; se habrá avanzado un paso más en el misterio de lo ignoto.

Algo semejante acontece con el pensamiento, arrojado en medio de la multitud insustancial. No siempre se malogrará ese tesoro; ¿qué importa, entonces, el olvido, la injusticia, la mordedura vil, rocas y hielos en la ruta, si:

ha de supervivir el oro puro?
Como aquel capitán, decid sonrientes:
"Si es voluntad de Dios, que llegue a puerto".

Y la esperanza asoma radiosa.

La estrofa final encierra, "con la simplicidad de una sobria emoción, las sonoridades largas y triunfales de un Credo":

Pensadores, el Dios de las ideas
Es el Dios de verdad, el Dios supremo.
Que en nuestras frentes donde el germen late,
Caiga el Saber como fecundo riego;
Y ya el fruto del alma recogido,
Arrojemos al mar, al vasto y férvido
Mar de las muchedumbres nuestra obra:
—Dios velará para que llegue a puerto.—

IV. EL ESPIRITU PURO

Se van los años; lentamente agoniza de un cáncer al estómago, Alfredo de Vigny. Corre su postrer marzo, el de

1863, cuando en estrofas vibrantes, tintas de cierta solemnidad y cierto misticismo, ausente el símbolo, profetiza el triunfo venidero del espíritu puro. Está dedicado a Eva, una mujer que bien pudo ser alguna de las que amó, Delfina Grey, María Dorval, Lydia Bumburry, Augusta Holmes, Luisa Colet, o bien, y esto se juzga lo más probable, el eterno femenino, la síntesis ideal que su espíritu generalizador creara, reuniendo y decantando varios modelos. Los críticos están acordes en considerar esta composición como su testamento. Y lo es a doble título: personal, pues cree, y con razón, que su labor ha superado la obra guerrera de sus antepasados y general en cuanto encierra su fe en el Espíritu para el triunfo final de la Humanidad.

Como Chateaubriand, prefiere su nombre a su linaje; así dice a Eva:

Si te enciendes de orgullo cuando ensalzan ni nombre,
Que sólo de mis libros te venga esa altivez.
He puesto sobre el aureo yelmo del gentilhombre,
Una pluma de hierro, más hermosa tal vez.
He vuelto ilustre un nombre que recibí sin gloria,
Por más que envuelto en brumas de antigüedad esté.
Antiguo, ¿mas qué importa si en la humana memoria
Perdurará tan sólo porque yo lo llevé?

No le falta, por cierto, razón al vástago de los mejores guerreros de Carlos IX al afirmarlo; como el cisne, su nombre canta para morir.

El "Espíritu puro" es, asimismo, su testamento desde un punto de vista general. A diez años de distancia de "La botella al mar" reitera su devoción por el Espíritu, guardián celoso del ideal, guía merced a la cual, la Humanidad alcanzará la verdadera luz:

Tu reino, ¡oh espíritu puro! bajó al fin a la tierra
Cuando irrumpió en la noche tu amanecer bendito
Diosa de las costumbres, sobre el mundo la guerra
Reinaba omnipresente; mas hoy reina el escrito...

¿Se ha cumplido la profecía del gran dolorido? Por momentos diríamos que no, pues los pueblos se desangran con más recursos que hace una centuria y buscan, en la lucha, vencer hasta lo inmaterial del hombre. Se avanza desorientado, ciego, buscando una afirmación. En estos momentos acaso nos llegue el consuelo del solitario de Maine Giraud; se realizaría entonces el deseo más hondo de quien desdeñando la gloria de su tiempo, confió su fama al porvenir:

Que mi destino, en ondas de amigos renacientes,
Allá cada diez años os traiga, por jamás,
Sobre mis viejas páginas a inclinar vuestra frente,
Atentos a mi obra; ¡no necesito más!

“Inteligencia pesimista y volitiva, un genio del símbolo y del ensueño, un alma amante y orgullosa”, la angustia de Vigny es nuestra angustia, y la fórmula de su vida, un estoicismo empapado de ternura, quizás sirva aún para que los soñadores puedan seguir adelante. Este Pontífice del Espíritu nos enseñó para siempre a trocar la desesperanza en grandeza; la melancolía en fuerza creadora; el honor, la justicia y la belleza en razones de vida; y nos legó esa herencia, escrita, según Anatole France, en los versos más hermosos del siglo.

NOEMI VERGARA DE BIETTI

Vidt 2198, Buenos Aires

